

**Mensaje de Apertura**  
**Congreso de Metafísica 2003**

**Prof. Jesús Fernández Hernández**  
**Presidente del Congreso**

Roma, 2 de Julio de 2003.

Me dirijo a ustedes, señoras y señores, además de como Presidente del Congreso, como Presidente de la Institución religiosa de Misioneros y Misioneras Identes, y como profesor de la Escuela Idente fundada por Fernando Rielo, el cual, desde su confesión católica, ha puesto, a esta Escuela de pensamiento, como misión el diálogo con los intelectuales de distintas procedencias y culturas en orden a convivir, desarrollar y defender —desde su modelo metafísico “la concepción genética del principio de relación”— los cuatro pilares que sostienen el gran edificio del ser personal y, con él, el de toda sociedad familiar, cultural, académica, científica, política, religiosa. Estos cuatro pilares universales —que admiten, de uno o de otro modo, todas las filosofías— son los siguientes: unidad, verdad, bien y hermosura. Ningún pensamiento serio puede obviar estos grandes pilares de la metafísica, de los que participan, en distinto grado, las ciencias experienciales o del espíritu. Si negamos estos pilares, las consecuencias no se dejan esperar:

- a) la falta de unidad genera el egoísmo, la insolidaridad, la discordia;
- b) la falta de verdad inspira la mentira, la ignorancia, el vacío;
- c) la falta de bien incita al mal, a la corrupción, a la injusticia;
- d) la falta de estética produce insensibilidad, desinterés, miseria.

Este encuentro mundial de metafísica no es, sin embargo, un ámbito en el que podamos refugiarnos o sustraernos de los diferentes conflictos internacionales, nacionales, e, incluso, personales o familiares; ni tampoco es un ámbito en orden a la solución efectiva de problemas sociales o personales. Nuestro deseo —y pienso sinceramente que todos ustedes también lo comparten— es que este segundo Congreso de Metafísica, proyección del primer Congreso en el que muchos de ustedes colaboraron eficazmente, sea un lugar de convivencia, de diálogo, de aportación, de escucha, de respeto y, sobre todo, de amistad: una amistad que, si es auténtica, debe llevarnos a la experiencia personal de la unidad en la diversidad y en la diferencia, pues no puede haber “unidad” si no hubiere “diversidad” y “diferencia”, y no puede haber “diversidad” y “diferencia” si estas no se dan en alguna forma de “unidad”<sup>1</sup>. Deberíamos preguntarnos, por tanto, qué unidad queremos, a qué unidad aspiramos, qué forma de unidad estamos dispuestos a darnos ante los distintos modos de pensar y de comprometernos; pero, sobre todo, hemos de preguntarnos por un modelo metafísico de unidad —o unidad absoluta<sup>2</sup>— que nos pueda inducir a una auténtica unidad en la diversidad y en la diferencia.

---

<sup>1</sup> La concepción genética de la unidad no es el “unum” abstracto de la identidad absoluta. No puede existir la identidad absoluta, pues toda la realidad emanaría, con carácter panteísta, de este “unum” abstracto y universal. Cuando hablamos de “identidad” en el sentido de “identificación” o “definición”, como cuando nos referimos a la identidad de un país, de una especie, o del ser humano; o en el sentido de “identificarnos con alguien o con algo”, como cuando decimos “me identifico con todo lo que estás diciendo”, no estamos hablando de la identidad absoluta como principio y de sus consecuencias de orden metafísico y ontológico. Con la identidad absoluta, no puede concebirse ni la unidad absoluta (para que haya unidad se requieren, por lo menos, dos términos), ni la unidad en la diversidad y en la diferencia, ni la diversidad y la diferencia en la unidad.

<sup>2</sup> La unidad absoluta es, para el profesor Fernando Rielo, la concepción genética del principio de relación, constituido por, al menos, dos seres personales en inmanente complementariedad intrínseca,

Con nuestra mayor o menor experiencia, con nuestra mejor o peor concepción, de la unidad en la diversidad y en la diferencia, podemos todos —de cualquier tendencia ideológica, de cualquier mentalidad o cultura y de cualquier credo o religión— compartir nuestra propia experiencia personal y nuestra forma de ver la verdad, el bien y la hermosura<sup>3</sup>:

- a) una verdad buena y hermosa,
- b) un bien verdadero y hermoso,
- c) y una hermosura verdadera y buena.

Fijémonos por un momento en la hermosura. Si la verdad y el bien han tenido un trato primordial en la historia del pensamiento, ¿qué queremos afirmar con el atributo de la “hermosura” al que no se le ha prestado la importancia que, en realidad, tiene? Tratar de la hermosura es, sin duda, algo muy sencillo, incoado; de aquí, su devaluación metafísica, arrojándolo a la exclusividad del hecho artístico. El tema de la hermosura, mucho más que su reducción al hecho artístico, es, al mismo tiempo, decisivo, porque es hacer surgir en nosotros la estética de la verdad, la estética del bien y la estética de la unidad; esto es, la verdad, el bien y la unidad no podemos concebirlos, ni experimentarlos, ni vivirlos de cualquier manera. Sin estética, la verdad, el bien y la unidad pueden ser cualquier cosa. Por ello, para que la verdad, el bien y la unidad no queden a la deriva, tienen que ser concebidos y vividos con estética. Lo estético se inscribe, pues, en una ley

---

formando única “unidad absoluta”. El concepto “única” quiere decir que no hay otra “unidad absoluta”; la expresión “unidad absoluta” hay que entenderla, lejos de cualquier proceso abstractivo, como unidad singular e infinita de dos seres personales divinos, porque sólo personas divinas pueden constituir lo absoluto y lo infinito; por tanto, tiene que ser única “unidad absoluta” constituida por personas divinas. Un solo ser personal no puede formar unidad absoluta de nada, luego tienen que ser, por lo menos dos. Esto es lo que podríamos saber, según Rielo, por una consciencia suficiente o dianoética. Sin embargo, es dado a una consciencia revelada o hipernoética admitir que la unidad absoluta viene constituida no por dos, sino por tres personas divinas. La concepción genética del principio de relación nos instruye, por tanto, sobre un monoteísmo binitario que abre el camino a una metafísica satisfactoria que tiene como objeto el monoteísmo trinitario. Este monoteísmo trinitario debe ser explicado por la concepción genética del principio de relación, pero constituida, no ya por dos personas divinas, sino por tres personas divinas realmente distintas que forman única unidad absoluta. Cristo, en su relación con el Padre, corrobora primero un monoteísmo binitario, que prepara y dispone el entendimiento para una comprensión de la Santísima Trinidad con la revelación de una tercera persona divina, el Espíritu Santo. La divina presencia constitutiva del principio de relación en el ser humano, supuesta la creación de éste, es lo que le hace persona a imagen y semejanza de las personas divinas, y es, a su vez, el orden fundante que, participado por todas las religiones y, en general, por el actuar humano en los distintos ámbitos, está ordenado por su misma naturaleza a recibir, en virtud de la redención de Cristo, el orden salvífico o santificante significado por la actuación en el bautizado de la Santísima Trinidad.

<sup>3</sup> La concepción genética del principio de relación da al atributo de la hermosura toda su dimensión metafísica y ontológica. La hermosura es, a nivel metafísico, la “teneritas amoris”, la “perfectio amoris”, el éxtasis de amor de las personas divinas entre sí. Por eso, a nivel ontológico o participativo, hablar de estética del amor, es hablar de la perfectibilidad del amor; hablar de estética de la verdad, es hablar de la perfectibilidad de la verdad; hablar de estética de la ciencia, es hablar de la perfectibilidad de la ciencia; hablar, en general, de “estética de algo”, es hablar de la perfectibilidad de este algo. El ser humano, como persona, se caracteriza, entonces, por el hecho de poder actuar, concebir, comportarse, con estética; esto es, con “buen gusto”, con más perfección.

que define la intimidad constitutiva de la persona humana: su natural tendencia a la perfección, porque la perfección del modelo absoluto le es constitutivamente presente.

Me atrevo a aseverar que todas las intervenciones de contenido metafísico que se van a realizar en este Segundo Encuentro tienen, en mi opinión, presentes —implícita o explícitamente— tres hechos metodológicos que constituyen la estructura del acto humano con el que investigamos, actuamos, vivimos y convivimos aquello que es el modelo absoluto que nos sirve como axioma, fundamento y principio últimos de toda la realidad y, con ella, de nosotros mismos y de los demás, de nuestras inquietudes y de nuestros problemas, de nuestro dolor y de nuestra dicha, de nuestra vida y de nuestra muerte, de nuestro origen y de nuestro destino. Estos tres hechos metodológicos son los siguientes:

- a) el imperativo intelectual y racional de la dirección y sentido últimos con el intento de llevar la experiencia reflexiva a límite desde un axioma absoluto;
- b) la exigencia volitiva y desiderativa de vital compromiso existencial, del que deriva el compromiso ético, con lo que es fundamento absoluto de toda experiencia y actuación.
- c) la tendencia vinculativa e intencional hacia la unidad de un principio absoluto frente a la percepción de la multiplicidad fragmentaria y caótica de los datos de experiencia;

El programa de este Congreso —“El imperativo de la dirección y el sentido últimos”, “Unidad y pluralidad”, “El compromiso existencial” y “La enseñanza de la filosofía”, en el que se implican todos los temas que se van a tratar durante estas cuatro largas jornadas— me da pie a desentrañar, desde el horizonte de la esteticidad, de la “hermosura” o de la *perfectio amoris* —en expresión del profesor Rielo—, estos tres hechos metodológicos del acto de filosofar, aunque sólo sea de un modo breve e indicativo:

PRIMERO.— La estética de la verdad es el buen gusto de una inteligencia que no puede menos que llevar su razón a límite en búsqueda imperativa de un axioma absoluto en el que la experiencia reflexiva pueda encontrar su auténtica dirección y sentido últimos. La estética de nuestra razón debe evitar que nuestros razonamientos queden a la deriva. Una razón que no tiene norte, que no está abierta a un referente absoluto, es una *ignava ratio*<sup>4</sup>; es, en definitiva, una razón carente de estética, una razón en la que no han podido tocar fondo los distintos racionalismos.

SEGUNDO.— La estética del bien es el buen gusto de una voluntad cuya máxima es el compromiso ontológico, con la exigencia de un fundamento último que pueda dirigir, recta y ordenadamente, toda experiencia y acción humanas. La estética de nuestra voluntad debe evitar que nuestros deseos, nuestras expectativas, nuestros compromisos de alcance ético, queden sin fundamento último que los dirija y ordene. Una voluntad ciega, sin perspectiva de compromiso existencial, abandonada a sus deseos, emociones,

---

<sup>4</sup> La expresión “ignava ratio” significa “razón o mente perezosa”.

afecciones y apetitos informes, es una *ignava voluntas*<sup>5</sup>; es, en definitiva, una voluntad carente de estética, una voluntad en la que no han podido tocar fondo los distintos voluntarismos.

TERCERO.— La estética de la unidad es el buen gusto de una libertad que, formada por la perfección del amor, nos inclina vinculativamente a un principio absoluto que dé razón de la unidad —en la diversidad y diferencia— de toda la realidad, frente a la percepción de la multiplicidad fragmentaria y caótica de los datos de experiencia. La estética de nuestra unidad debe impedir que nuestras intenciones, nuestras inclinaciones, nuestra vocación, nuestros objetivos, se apoyen en una absolutización o exclusivismo, sin otro principio último que la proyección de un yo individual<sup>6</sup> o interindividual, carente de transcendencia. Una unidad en la que los individuos egotizan sus intereses, sus relaciones, sus formas de vivir, sus comportamientos, es una *ignava unitas*<sup>7</sup>; es, en definitiva una unidad carente de estética, una unidad en la que no han podido tocar fondo los distintos sincretismos.

Concluyo este mensaje afirmando aquello con lo cual, seguramente, todos ustedes estarían de acuerdo. La metafísica no puede ser una teoría abstracta, ajena a la experiencia; tampoco puede ser un entretenimiento o un juego lingüístico como se hace un crucigrama; ni tampoco puede ser una ciencia o una actividad, carente de imperativo intelectual, de exigencia de compromiso existencial o de tendencia hacia la unidad de un modelo absoluto.

Podemos dialogar, entendernos, compartir, aprender y, sobre todo, convivir si tenemos la intención de buscar y desear, con sentido estético, este modelo absoluto que, axioma, fundamento y principio últimos, nos inhabita definiéndonos constitutivamente. ¿Qué podemos compartir y convivir mejor si no es esta suprema riqueza, místico u ontológico patrimonio hereditario, que, vivido, experimentado y manifestado —personal, cultural, histórica, educativa e ideológicamente— de diversos y diferentes modos, nos define a todos y a cada uno de los seres humanos?

Animo a todos a que, juntos, sigamos los pasos de aquellos que, poniendo su reflexión a límite, mostrando su mejor compromiso existencial y ético, y testimoniando vivencialmente su unión con los más altos valores e ideales, nos abrieron el horizonte de percepción espiritual a este ontológico patrimonio genético que nos define, transcendentalmente, como personas entre personas.

Jesús Fernández Hernández  
Presidente del Congreso

---

<sup>5</sup> La expresión “ignava voluntas” significa “voluntad perezosa”.

<sup>6</sup> Fernando Rielo hace distinción entre “personalidad” e “individualidad”: la personalidad es la capacidad efectiva de la riqueza ontológica o mística del yo que trasciende su propia sicosomaticidad; la individualidad es la tendencia egotizadora de esta riqueza ontológica o mística del yo autoinmerso en su sicosomaticidad.

<sup>7</sup> La expresión “ignava unitas” significa “unidad perezosa”.